

Puesto de pié el imperante
 En medio á la concurrencia,
 Que, cual si de estatuas fuese,
 Atenta, no pestañea,
 Él primero el juramento
 Con voz reverente presta
 Al Código que la España
 Se impuso cual ley suprema.
 Todos á su turno juran
 Con sumisa reverencia,
 Y á una señal, los cañones
 Cimbrando el suelo retruenan.
 Se desatan los repiques,
 Y las metálicas lenguas
 A las gentes alborotan
 Y á la multitud congregan.
 En medio á gran comitiva,
 Al templo marcha Venegas,
 Do Beristain, Arcediano
 De la Santa Madre Iglesia,
 Dijo, como de costumbre,
 Con énfasis, mil blasfemias.

ROMANCE DEL SITIO DE HUAJUAPAM.

En un alegre domingo
 Y entre el trajin de la feria,
 Régules toca en Huajuapam
 Bramando como una fiera.
 En su ejército imponente
 Catorce cañones lleva,
 Con las furibundas bocas
 Sobre Huajuapam abiertas.
 Cual del infierno escapados
 Ostentan sus pieles negras
 Y sus dentaduras blancas
 Los soldados de Candelas;
 Y para que nada falte
 En la belicosa fiesta,
 Va del Obispo Vergosa
 La desastrada caterva;

Clérigos arremangados,
 Frailes de sable y jinetas,
 Sacristanes baladrones
 Y músicos de la orquesta.
 Trujano espera en Huajuapam,
 Que es el rey de la Mixteca.
 Chico el cuerpo, el ojo ardiente,
 Buen brazo, erguida cabeza,
 Si es su arrojo temerario,
 Es sesuda su prudencia,
 Y su alma tan compasiva,
 Como su espada resuelta.
 Régules comienza el sitio,
 Trujano valiente espera,
 Y hostiliza á su enemigo
 Sin un momento de tregua.
 Su astucia es como su audacia,
 Y cual su audacia sus tretas.
 Finge los troncos cañones,
 La bomba al cañon remeda,
 Funde esquilas y campanas,
 Y hace metralla las piedras:
 Y así corren treinta auroras
 Y es más fuerte la pelea.
 Despues de siete embestidas
 Régules se desespera,
 Y más, mirando á Trujano
 Con la calma más risueña

Haciendo iluminaciones,
 Bailes, banquetes y fiestas.
 Dos lunas ven este sitio,
 Admirando su defensa;
 La noticia se propaga,
 Los patriotas se hacen lenguas.
 Morelos está en Chilapa,
 Cuando recibe una esquila
 De Trujano, en que le dice:
 "Somos trescientos cincuenta,
 "Cuatro mil los enemigos;
 "Haré lo que más se pueda."
 Morelos, á su socorro
 Cual relámpago se apresta,
 Manda á Galeana, y los Bravos
 Se anticipan con sus fuerzas,
 Y él, el veintitres de Julio
 De ochocientos doce, llega.
 Galeana el primero embiste
 Y despedazá á Candelas:
 Los Bravos hacen prodigios
 Y terror y espanto siembran.
 Trujano acomete fiero
 Y sus contrarios se aterran;
 Se repican las campanas,
 El aire nublan las piedras,
 Y los indios de Morelos,
 Entre su ruidosa gresca,

Despojos del enemigo
 Llenos de gozo cosechan.
 Trujano, al mirar triunfante
 Y en alto nuestra bandera,
 Con el sombrero en la mano
 Al gran Morelos se acerca,
 Quien conmovido, en sus brazos
 Con entusiasmo le estrecha.
 Más de cien soles el sitio
 Llevaba en su aciaga cuenta,
 Y más de cien en los libres
 El valor se puso á prueba.
 Formó una legion Morelos
 Para memoria perpetua
 De aquel sitio, y San Lorenzo
 Un Cuerpo por nombre lleva.
 ¿Por qué? preguntan algunos
 —Porque se vió su grandeza
 Tostado como en parrilla
 Por el fuego de la guerra,
 Y es su coronel Trujano
 Para honra de la insurgencia.

FAMOSO ROMANCE DE MANUEL IZAZAGA.

Era el sitio de Huajuapam,
 Traslado de los infiernos;
 Era Regules el rayo,
 La tempestad don Valerio,
 Y tal arrecian las balas,
 Y hay tal fandango de truenos,
 Que las carnes se esponjaban
 Y se arrugaban los huesos;
 Y donde más nos dañaban
 Y amontonaban más muertos,
 Era frente una trinchera,
 Como madrastra del pueblo,
 Y como llave y dominio
 De nuestro amplio campamento.
 "Sin él no hay triunfo posible,"
 Repetía don Valerio,

“No hay que dudar: ó tomarlo,
 “O de fijo nos perdemos.”
 Y Trujano, tã prudente
 Como esforzado guerrero,
 Sus arranques refrenaba,
 Volviende triste á su puesto.

Era Izazaga un muchacho
 Alegre, audaz, ojos negros,
 Delgado como una jara,
 Cierta desgaire ranchero,
 Y en momentos apurados
 Sobresaliente en el pleito.
 Al ver á Trujano triste
 Por la trinchera del cuento,
 Le dijo: “Afuera las dudas,
 “Mi coronel, no aflojemos,
 “Que al cabo la Vírgen gana
 “Y solo se cura el cuero:
 “Con que usted me dé la vénia,
 “Echo el albur, y me arriesgo.”
 Y Trujano da permiso
 Entre asombrado y riendo
 Izazaga se concierta
 Con otros diez compañeros,
 Que deben fingir sagaces
 Correr en su seguimiento,
 Mientras él á la trinchera

Se lanza, auxilio pidiendo.
 Oyense de pronto tiros,
 Izazaga va cual viento,
 Arrojando fornitura,
 La chaqueta y el sombrero.
 “¡Socorro!—grita, llegando
 Al fuerte—“que yo soy vuestro;
 Socorro, porque me matan;
 Indulto, porque me muero.”
 Abre la guardia el rastrillo,
 Llegan los diez compañeros,
 Y gritando “¡viva Hidalgo!”
 Comienza el choque violento.
 La sangre corre á torrentes,
 Nubes de humo van al cielo,
 Llegaba terrible Trujano,
 Y la victoria surgiendo,
 Alumbró el campo insurgente
 Divino con su contento
 Cuando cesa la refriega,
 Vése á Izazaga en el suelo
 Sangrando por treinta heridas
 Que despedazan su cuerpo.
 Trujano le toma en brazos,
 Y planta en su frente un beso
 “Manuel, tú eres de mis hijos
 “El sin igual y el primero.”
 Y calló porque le impuso

Su propio llanto el silencio.
 Izazaga, agonizante,
 Repetía: "no aflojemos . . ."
 A poco unos estandartes
 En el monte aparecieron,
 Y eran, anunciando triunfos,
 Las tropas del gran Morelos.

ROMANCE DE TRUJANO.

En el rancho de la Virgen,
 De Tepeaca á media legua,
 Aislado y como perdido
 En las llanuras inmensas,
 Está Valerio Trujano
 Esforzando su defensa.
 Le acometió Samaniego
 Con cuatriplicada fuerza;
 Pero él, que para la lucha
 Sus enemigos no cuenta,
 Resiste, mata, y destroza,
 Redoblando su entereza.
 Veinte horas, y más de veinte
 Dura la lucha sangrienta,
 Hasta que al fin Samaniego,
 Con el alma de ira ciega,

Por todas partes el rancho
 Con combustibles incendia.
 La lid sigue entre las llamas,
 Y de humo entre nubes densas
 Se oyen hondos alaridos
 De los que heridos se queman.
 Se hunden tronando los techos
 Y se desgajan las piedras,
 Los cuerpos de moribundos
 Con lienzos de pared ruedan.
 Trujano, entre los horrores
 De la catástrofe, impera,
 Sereno, terrible, augusto,
 Del valor con la grandeza.
 Al fin las llamas se extienden,
 Al fin el fuego se arrecia,
 Y la asfixia diezma gente
 Que muere, y no en la pelea
 "Salgamos," dice Trujano,
 Al derrumbarse una puerta;
 Y entre llamas y entre escombros,
 Arrollando cuanto encuentran,
 Como torrente de lava
 Cuando ígneo volcán revienta,
 Se precipita Trujano
 Venciendo la resistencia;
 Y cuando más empeñados
 Sus enemigos le cercan,

Vió que se quedaba su hijo
 De las llamas siendo presa.
 Se vuelve, entónces le hieren,
 Sigue peleando pié á tierra,
 Y á herirle tornan de nuevo,
 Y por reluchar se esfuerza.
 Su sangre corre á torrentes,
 Vacila un punto y flaquea,
 Y viéndole derribado
 La furiosa soldadesca,
 Su cadáver despedaza
 Y con sus restos se ceba.

Así pereció Trujano,
 De heroísmo dando pruebas,
 Y así orgullosa la Patria
 Su memoria recomienda,
 Para que de otras edades
 Modelo y ejemplo sea.

ROMANCE DE D. LEONARDO BRAVO.

Gracia clamando Venegas,
Y sus esbirros perdon,
Para adormecer del pueblo
El desatado furor,
Sacrifican insurgentes
Con redoblada pasion,
Lo mismo que suele astuto
El mañero cazador
Cubrir de yerba las redes
Que á las aves preparó;
Pero rompiendo disfraces,
Se anuncia la ejecucion
Para don Leonardo Bravo
Y sus compañeros dos,
Que á su entrada el cruel Calleja
Cual trofeos exhibió.

Bataller tuvo en la causa
 Inícua delectacion,
 Y un nuestro paisano infame
 A Bataller excedió.
 La ciudad está de duelo,
 No suena alta ni una voz,
 La tropa se está reuniendo
 En severa formacion,
 Desde Palacio al Ejido,
 Donde el tablado se alzó,
 Para hacer con vil garrote
 Más dura la ejecucion.
 De trecho en trecho se mira,
 Agrupada con pavor,
 La gente en las bocacalles;
 Se hace y deshace reunion,
 Al mirar á las patrullas
 Llegar con aire feroz
 De pronto, que se suspende
 Se anuncia, la ejecucion;
 Que el Virey á don Leonardo
 El indulto prometió,
 Como someta á sus hijos
 Al yugo del español
 Bravo ni un punto vacila;
 La propuesta rechazó,
 Y prosigue su camino
 Con serena decision:

Piedras y Pérez le siguen
 Sin jactancia y sin pavor,
 Alzando al cielo sus preces,
 Como cristianos que son.
 Así llegan al Ejido,
 Se escucha sordo rumor
 Don Leonardo, la escalera
 Del cadalso dominó,
 Y levantando la frente,
 Con sosegado valor,
 Clavó la vista en el cielo,
 Y á su verdugo sonrió
 Se sienta, cruje el cadalso,
 Reprime el pueblo un clamor,
 Que se duda si es de espanto
 O de despecho feroz
 Y la tropa silenciosa
 Por su camino volvió,
 Oyéndose de sus pasos
 En las calles el rumor.

ROMANCE DE D. NICOLÁS BRAVO.

Sobre la playa de la mar de Oriente
Se ostenta Medellín; extenso río
Retrata manso su apacible frente
De la arboleda entre el ramaje umbrío:
Un tiempo vive, y al placer ardiente
La juventud entrega su albedrío;
Pero pasa el placer, y queda muerto
El pueblo en medio el arenal desierto.

Bravo, á quien el Palmar vió victorioso,
Con la frente ceñida de laureles,
Del pueblo amante y de su honor celoso,
Custodia al puerto con sus tropas fieles.
Tal Morelos lo ordena cauteloso
Para escarmiento de realistas crueles,
Y Bravo espera, en aparente calma,
De nuevas glorias obtener la palma.

Mas ¿por qué silencioso, por qué inerte
 El adalid se mira y confundido?
 ¿Es éste el Bravo espanto de la muerte?
 ¿Es este Bravo el guerreador temido,
 Que hizo su esclava á la voluble suerte
 Y á quien siempre el peligro encontró erguido?
 Luto es su frente, su mirada llanto,
 Es su pecho un abismo de quebranto.

Alumbra amarillenta una bujía
 En su mesa la letra de Morelos,
 En que el caudillo ilustre le decia:
 "Tu padre don Leonardo está en los cielos;
 "Fué digno de la patria en su agonía."
 Y acaba prodigándole consuelos,
 ¡Cual si al poder humano dado fuera
 Consienta un hijo en que su padre muera!

Vidrioso el ojo, trémulo el acento,
 La voz desbaratándose en gemidos,
 Solo con su orfandad y su tormento,
 Devoraba sollozos comprimidos;
 A veces se fijaba y en el viento
 Se figuró escuchar ecos queridos;
 Y era el viento, y no más, y era el vacío,
 Y era correr indiferente el rio

Accesos de furor, lloros de niño,
 El alma codiciando el imposible,
 Recuerdos adorados de cariño,
 Créencia en lo misterioso y lo invisible,
 Ensueños de la albura del armiño,
 Juntos á lo sangriento y lo terrible,
 Todo fué presa del dolor ardiente.
 ¡Ay! ¿qué será de tí, pobre demente!

Fija un momento la mirada incierta
 En un papel que apénas asomaba
 Por un rasgon formado en la cubierta;
 Le abre, le mira, y al leer temblaba
 Lo que su mente á descifrar no acierta.
 Inflexible Morelos le ordenaba
 Ejecute á trescientos prisioneros
 Que cual rehenes guardan sus guerreros.

Feroz, tremenda al bárbaro coraje,
 Se presenta sonriendo la matanza,
 Para lavar el furibundo ultraje;
 Y pues consuelo el corazon no alcanza,
 El opio venga del placer salvaje
 Que le brinda al despecho la venganza.
 "¡Sangre por sangre! grita, esta es la suerte;
 "¡Españoles, temblad! ¡venganza y muerte!"

“Al alumbrar la aurora venidera—
Dice—“que todos sin piedad espiren.”
Conduce el mensajero la órden fiera,
Manda que de su estancia se retiren
Los de su guardia, y á la luz espera,
Y ha prohibido severo que le miren,
Porque el dolor terrible le sofoca,
Y tiene miedo de su mente loca.

“No, no perecerán; ¿daré la vida
“Al padre á quien adoro, con que sea
“Del mundo mi memoria maldecida?
“Pero ¿yo permitir que el mundo vea
“Sin castigo la saña aborrecida
“Del que en este martirio se recrea?
“¡Anatema al tirano! El mismo infierno
“Tuviera compasion de mi amor tierno.”

“Mirando estoy, “¡oh padre! tu cabeza
“Que acaricié mil veces con mis manos:
“Con reverencia amante y con terneza
“Viendo estoy á tu lado á mis hermanos,
“Del quebranto sintiendo la fiereza.
“¡Ah! no, no puede ser; venid, tiranos,
“Y en la horrible hecatombe que presento
“Comenzad á mirar vuestro escarmiento.”

Así luchando, en íntima fatiga,
La noche fué pasando hora tras hora,
Y el profundo dolor nada mitiga.
Por fin, despliega tímida la aurora
Entre blancos celajes luz amiga,
Y la alta cima de los montes dora.
“Todo está listo ya,” dice un soldado,
Y Bravo sale de su estancia armado.

En fila extensa, junto al ancho rio,
Esperan los dolientes extranjeros
Llegar la mano del destino impío.
Rasgan el aire acentos lastimeros;
Bravo no es dueño ya de su albedrío,
Habla su corazon, y “¡Prisioneros!
—Clama en resuelto y conmovido tono—
“EN NOMBRE DE MI PADRE, YO OS PERDONO.”

La augusta Libertad sublime brilla
Derramando doquier sus ricos dones;
El llanto que bañaba la mejilla
De los de Bravo fuertes campeones,
Es derrota del trono de Castilla,
Y rebosando amor los corazones
De los testigos de tan alta gloria,
A Bravo immortalizan en la Historia.
